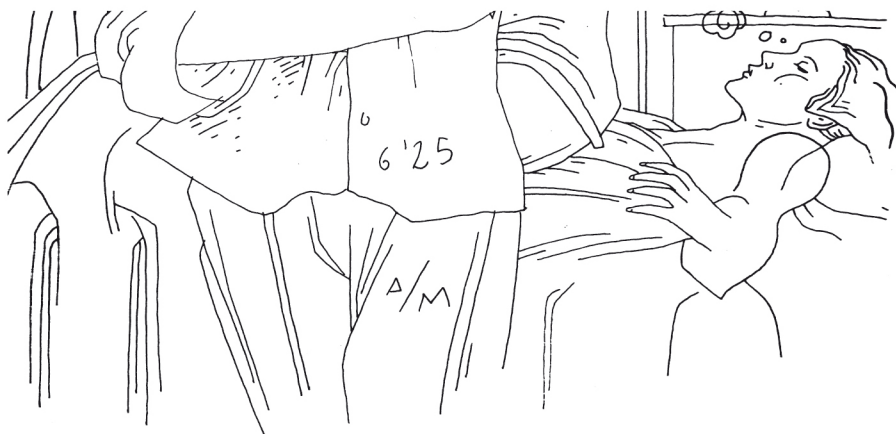


31 de Enero de 1989.



Andrés Ibáñez

La lluvia de los inocentes



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

ANDRÉS IBÁÑEZ

La lluvia de los inocentes

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

La lluvia de los inocentes

Lluvia

Mi habitación se abre a la lluvia.

Mi ventana es un ojo abierto a la sorpresa de la lluvia de Madrid. Es una habitación de Madrid, lo cual es misterioso, porque hacía muchos años que no vivía en Madrid, y ahora, cuando pienso en esta ciudad, mis recuerdos se parecen mucho más a los sueños que a los verdaderos recuerdos. Sin embargo, puedo pensar que es uno el que recuerda y otro el que sueña. Qué extraño, comenzar una historia declarando que el que la cuenta es, en realidad, otro. Qué extraño ser otro y perderse en las ensoñaciones de la lluvia de Madrid. Qué dulce era la lluvia en Madrid sobre las losas grises. Puesto que ya no puedo recordar Madrid, la sueño. Entonces encuentro la libertad. Mis sueños no son míos. Mis recuerdos, en caso de tenerlos, serían míos, lo cual les despojaría de todo aura de misterio, pero mis sueños no son míos. Soy libre, puesto que puedo soñar Madrid. No soy yo el que escribe estas páginas. No soy yo el que sueña. Nadie es responsable de sus sueños (al menos, esto era lo que creía yo hace un año), y por tanto, puedo soñar la lluvia sobre las losas grises de las calles de Madrid, la lluvia cayendo por entre el laberinto de acacias, la lluvia atravesando la luz transparente de Madrid en el laberinto de acacias y plátanos, los cedros de los jardines de las embajadas y las románticas calles empedradas en las que se elevan hoteles de principios de siglo pintados de amarillo limón. Seguramente casi nadie reconocerá esas imágenes: la intensa claridad de los días de otoño, las aceras llenas de hojas amarillas, las nevaduras delicadas de

las hojas de los arces cubriendo la acera como una alfombra, las madre selvas surgiendo sobre los muros de piedra, las calles empinadas, la paz misteriosa de esos barrios ajenos al tiempo.

Sólo en otoño suceden cosas en Madrid. En otoño la realidad descende como una lluvia fina. Es la realidad lo que pone las hojas amarillas. Sé que nunca podré disfrutar del otoño en ningún lugar más que en Madrid, porque sólo durante el otoño Madrid se abre entre las nubes de la ensoñación y entra en la nítida claridad de lo real. Y ya sé que muchos se escandalizarán cuando digo que lo real es algo que puede «caer» desde lo alto, igual que la lluvia, igual que la luz del sol. Y habrá otros que piensen que la luz es la verdadera realidad de Madrid, la luz del sol estallando en las cúpulas de pizarra y en las galerías acristaladas del barrio de Salamanca y brillando desordenadamente en las arboledas de acacias y plátanos y pseudoplátanos (Dios mío, nunca me había dado cuenta de que había tantos árboles en Madrid: ¡verdaderamente es ésta una ciudad-bosque, una villa de las florestas!), pero esa luz radiante y cruel de los veranos de Madrid trae una realidad suavemente imposible, su violencia no sabe qué hacer con una ciudad tan dulce y femenina. Quizá si un biplano pintado de amarillo cruzara los cielos. Quizá si los cisnes del estanque del Palacio de Cristal gritaran como gansos salvajes en vez de girar pacíficamente alrededor de los abetos hidrópicos. Lo cierto es que no sabemos qué hacer bajo esa irradiación, y que, cuando en medio del verano cae de pronto la lluvia, una de esas feroces tormentas de verano que duran unos minutos, más parecidas a un episodio de una ópera que a un verdadero fenómeno meteorológico, Madrid recupera de pronto su realidad, y todo se hace vivo, todo respira, todo es de pronto lo que es, los cristales son transparentes, brillan los techos de los coches, las losas de las aceras reflejan la luz del cielo, el aire se llena del perfume de la tierra mojada, porque Madrid sólo es real bajo la lluvia.

Acacia

Estoy en mi habitación de niño, en la casa de mis padres. He tenido la tentación de escribir «en la vieja casa de mis padres», aunque lo cierto es que esta casa no es vieja en absoluto, y que me siento en ella como me he sentido siempre. La lluvia cae pausadamente al otro lado de las ventanas con una especie de fascinante insistencia. La lluvia, siempre la lluvia. Me siento en esta casa como me he sentido siempre: vacío, tenue, hecho como de aire y reflejo. De niño siempre me asombraba lo que revelaba el rayo de sol oblicuo que entraba por la ventana: que el aire no era en realidad invisible, sino que estaba cargado de millones de puntos dorados, un cosmos de diminutos mundos flotantes. Así me siento yo ahora: polvo en el aire, atravesado de tiempo. El agua en los cristales pone reflejos de acuario sobre las paredes. Es como si las viejas paredes lloraran.

Llevo toda la tarde buscando en mis viejos papeles. Hace muchos años, cuando era mucho más joven, cuando era casi un niño entusiasmado con Chéjov y con Kuprin, comencé a escribir una novela. Escribí más de cien páginas, quizá ciento cincuenta. Llevo años pensando en esa novela que comencé y que no acabé. Sus imágenes me persiguen. La felicidad que sentía al escribir esas páginas, la facilidad con que acudía a unas cosas y a otras, voces, personas, lugares, y todo brotaba luego fielmente en la página: usaba la palabra «tristeza» para hablar de la tristeza, la palabra «castaña» para hablar de las castañas, usaba expresiones como «al día siguiente» o «mientras tanto, en casa de X», es decir, las

expresiones que usan los verdaderos escritores. Recuerdo incluso el placer que me proporcionaba separar la narración en capítulos y numerar los capítulos con números romanos, «Capítulo VIII», «Capítulo XIII»: era, en fin, un libro, un verdadero libro. Llevo varios días buscándolo. Recuerdo perfectamente de qué trataba la historia, pero no recuerdo el título. Si tuviera que ponerle ahora un título lo llamaría *La lluvia en Madrid*.

Éste es el segundo o tercer día que vengo, y es evidente que no encontraré ese libro perdido. Me digo que quizá es mejor así, que encontrarlo sólo me depararía una desilusión, pero sé que no es cierto, que lo que de verdad desilusiona es perder el pasado, y que es fácil y conveniente afirmar que nuestra pérdida es en realidad una victoria.

¿Qué hacer? Camino por las habitaciones como el que pasea por un parque silencioso, escuchando los crujidos del parque viejo, contemplando la luz de la lluvia a través de las ventanas. El ventanal del salón muestra la lluvia como un gran espectáculo. Antes aquí había una terraza con una hilera de jardineras llenas de plantas. Más tarde, mis padres la cerraron con una pared de cristal para añadir unos metros al salón. Durante muchos años hubo una acacia enana en una de las jardineras de la terraza cerrada: creció allí ella sola, una semilla perdida traída por el viento, y se convirtió en un perfecto bonsái, una acacia en miniatura de proporciones perfectas y hojitas diminutas que todos en la familia admirábamos como un milagro inexplicable. Ahora ya no está, y ya no sé cuándo murió, o si mi madre la quitó para plantar otra cosa.

¡La acacia, la pequeña acacia que crecía en una jardineira, en la terraza de la casa de mis padres! En realidad, me digo de pronto, todo lo que necesito está en esa acacia. No necesito más imágenes, no necesito más nombres ni más palabras. En ella está guardada toda la pureza del mundo, la fuerza inocente que hace que se reproduzcan las cosas, la fuerza de las imágenes, el nervio y la alegría de la existencia

vegetativa, su interpretación luminosa de la pasividad como un bien que se reparte, como sombra y perfume sobre los caminos del mundo por los que otros más afortunados pueden ensayar la fascinación de los grandes viajes. La pequeña acacia que reunía en sí toda la poesía y que era, sin yo saberlo, toda la literatura.

Contemplo la gran biblioteca construida por mi padre, los anaqueles algo curvados ya por el peso. Recuerdo perfectamente el olor del serrín, el olor intoxicante del barniz, las grandes gotas grises cayendo sobre los periódicos del suelo. Yo debía de tener unos cinco años, y le acompañaba a los talleres a los que iba a encargar los tablones que luego aserraba en casa y lijaba y barnizaba, porque mi padre era de esos que piensan que un hombre tiene que saber hacer las cosas que necesita, pintar, empapelar, tirar una pared, levantar otra, cambiar una ventana, construir una mesa. Oíamos la radio en esa época: teníamos una radio de madera, el altavoz protegido por una cubierta de cáñamo trenzado. Hoy en día despreciamos la inexactitud de lo vegetal.

En la parte de abajo de la biblioteca una serie de puertas correderas de madera de pino, que el tiempo ha macerado hasta un intenso color rojo té cargado, guardan, según creo recordar, muchos de los secretos tesoros de mi infancia. Me arrodillo sobre el parqué, empujo una de las puertas, que siempre han corrido con dificultad por los caireles de madera diseñados por mi padre, y comienzo a extraer cajas polvorientas y carpetas cerradas con bramante. Allí están los números de *Agañok* que le mandaban a mi madre desde la Unión Soviética, con sus encantadoras fotos en colores de *technicolor* de los años sesenta, y los números de *LIFE* que recuerdo tan bien: los reportajes africanos de Leni Riefenshtal, la serie completa de «Vistas del Monte Fuji» de Hokusai, la imagen de una gran piscina cubierta llena de bañistas japoneses de ambos sexos. Las bandejas de plástico para el revelador y el fijador, la vieja ampliadora de hierro verde de mi padre con la cual nos encerrábamos en el baño durante

horas a la luz de una bombilla roja para revelar las fotos de las vacaciones. La colección de postales de mi padre, en una carpeta de grandes anillas redondas. La colección de sellos de mi padre, en tres o cuatro carpetas. Me siento en el suelo y comienzo a recorrer las postales, taladradas con una de esas máquinas de hacer agujeros en el papel que antes había en todas las casas y en cuyo interior, después de un rato de trabajo, uno encontraba un tesoro de miles de pequeños círculos de papel de colores. Recuerdo muchas de estas postales: el abeto nevado de Shishkin, un cuadro de Gauguin, un teatro de sombras balinés, un oso polar dormido, un teatro de ópera. Mi primer recuerdo erótico está unido a esta imagen, en la que se ve el interior de la ópera de Viena con todas las luces encendidas. No sé cuántos años tendría: el hecho es que yo contemplaba esa imagen de la sala brillantemente iluminada, las plateas, los palcos, los balcones uno encima de otro con su oro, sus maderas nobles, su terciopelo color sangre, sus tulipas encendidas, y contemplaba el palco real del centro, y pensaba en el vértigo que debería de sentir el que se asomara a ese palco real y en lo fácil que sería caerse desde esa altura, y me imaginaba que el que estaba allí caía y entonces tenían que recogerle y meterle en una ambulancia y llevárselo al hospital, y entonces, inexplicablemente, ese pensamiento me resultaba tan excitante que tenía una erección, y me sucedía lo mismo cada vez que contemplaba esa foto. Pero ¿qué era lo que resultaba tan excitante? ¿El vértigo? ¿La caída? ¿La llegada de la ambulancia? ¿Matarse en un teatro de ópera?

¿Qué más? Una caja de madera que contiene todos los negativos de todas las fotos hechas por mi padre hasta su matrimonio, entre ellas frágiles negativos en cristal de sus fotos infantiles, que fueron tomadas a finales de los años veinte. *The Family of Man*, un libro de fotografías que me obsesionaba cuando era niño. «La familia del hombre» era el título de una exhibición fotográfica que abrió en Nueva York a mediados de los años cincuenta y luego fue corriendo

por las capitales del mundo. Mi padre la vio en Londres en 1958. La puerta corredera no va más allá de un punto. Parece sólidamente encajada, como si hubiera algo que obstaculizara su paso. Y sé que lo más interesante se encuentra, precisamente, detrás de esta puerta encajada e imposible de abrir.

 Mi padre murió en 1985. Tenía sesenta y tres años. Mi madre vive todavía. Yo también vivo todavía.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S. L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: febrero 2012

© Andrés Ibáñez, 2012
© Galaxia Gutenberg, S. L., 2012
© para la edición club, Círculo de Lectores, S. A., 2012

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B-3.642-2012
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-4860-9
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-967-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)